

LOS FUNDAMENTOS DE LA LIBERTAD *

Discurso pronunciado por Don Domingo Marrero Navarro
en la vigésimotercera colación de grados del
Instituto Politécnico
el día 14 de mayo de 1949

Agradezco en todo lo que vale la amable invitación que me hacéis a compartir con vosotros esta fiesta de logros y recuerdos. Es como si al filo mismo de vuestra investidura me admitiéseis como compañero de vendimia. Remata esta suave mañana una navegación ajetreada pero feliz por las vereditas marineras de vuestras esperanzas.

Alguien ha dicho que el alma española no se siente auténticamente lírica sino ante el tema de la muerte o ante el tema de la fugacidad de la vida. Auténtica lírica radical. Va a las raíces mismas de la existencia precaria del hombre. Es desde allí que sufre, y su delicado dolor transfigurado es canción quejumbrosa que cuenta la aspiración infinita de unos seres finitos.

Profunda lírica de angustiada raíz humana, nunca es más fina que cuando expresa la preocupación por la vida fugaz. El hombre es un ser histórico. Más que de carne y hueso está hecho de recuerdos y esperanzas. Por ello celebra horas, apunta días, fija puntales en el tiempo que le vayan dando la medida de la vida que viene y que se va. Y junta a sus amigos para officiar tod@s en una espléndida danza ritual frente al altar de los recuerdos. Así nos invitaba Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Días vendrán en que estos días colegiales serán reputados por vosotros los más felices de vuestra vida. Entre los breñales de estas sentidas colinas, jóvenes amigos, se queda un girón de vuestro espíritu. Habrá siempre en ellas un camino de juveniles recuerdos. Phraner,

* Tomado de una publicación del Colegio Hostos,
Río Piedras, Puerto Rico, 1949

Borinquen, Science Hall, todos ellos cargan recuerdos sentimentales que se irán haciendo tanto más claros y sentidos cuanto más distantes y lejanos. Y toda esta aventura afanosa será entonces a vuestros ojos una delicada aventura de caravanería. Ricos y pobres, blancos y negros, tristes y alegres, caravanas de todos los caminos, llegaron al oasis. Confundieron sus vidas, mezclaron sus voces y hasta sus sueños. Un día la voz caravanera pregona: "Tiempo es ya de levantar las tiendas. ¡Ea mozo, ándale!" Y como flor abierta a los muchos caminos se va la tropa cuando se ha dicho adiós a los compañeros de una aventura de caravanería. Suele decirse entonces una frase, una voz, hacerse un gesto. Se intenta simbolizar con ello el caudal espiritual que acumulara la aventura del desierto. Se me ha invitado a decir esa palabra y quiero decirla con la voz de un viejo caballero aventurero.

"Parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres." Así hablaba Nuestro Señor Don Quijote a la gente de Su Majestad, guardas y galeotes, en ese pasaje en que se nos describe, al decir de Unamuno, una de las "más grandes aventuras, si es que no la mayor de todas" entre las aventuras del hidalgo manchego. En ella Don Quijote liberta por la fuerza a unos cautivos penados. Recordar hoy esa voz es hablar con ustedes sobre los fundamentos de la libertad.

Aquellos galeotes condenados a servir mal de grado al Rey en galeras por la fuerza y no de su voluntad retan el alma hazañosa y heroica de Don Quijote y así le dice a Sancho: "Aquí encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas, y socorrer y acudir a los miserables".

Investido caballero, Don Quijote responde desde alma adentro al profundo clamor de su vocación liberal. Algunos comentaristas, Don Angel Ganivet entre ellos, han creído ver en este pasaje una meditación sobre la esencia y formas de la justicia. No hay duda que en este pasaje se alude a la justicia. No faltaba más. Siempre que se trata el tema de los fundamentos de la libertad, el tema de la justicia es subtema obligado. Y allí se distingue entre la justicia esencial y la justicia del Rey.

Sancho identifica al Rey con la justicia cuando ingenuamente dice:

"Advierta vuestra merced que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos".

Don Quijote que aún desde su mirador de sueños se ha dado cuenta de cómo se bate el cobre en la administración de la justicia entre los hombres, llegado el oportuno momento dice de este modo:

De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por

vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte tenfades. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aún forzando, que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores.

Pero en este pasaje se trata de algo más. Se trata nada menos que de la libertad. ¿Invocando qué principio se atreve Don Quijote a libertar a aquellos desgraciados? La clave está en estas palabras: "hermanos carísimos". Es cuando los ve hermanos, cubriéndolos con el manto de una profunda y amorosa ternura, que los reviste de méritos para la libertad. Sólo el amor del caballero los justifica. Pero Don Quijote que ha intuido admirablemente el fundamento de aquella libertad comete una radical equivocación. Cree que los fundamentos de la libertad están en la fuerza y dice a los representantes del Rey que si de grado no libertan a los cautivos "esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza".

VIOLENCIA Y LIBERTAD.

Y no es sólo Don Quijote. Son muchos los dados en creer que los fundamentos de la libertad están en la fuerza. La lucha contemporánea por las armas atómicas no es sino una incidencia de esa fe del hombre en las posibilidades de la fuerza. Cañones, ametralladoras, ejércitos parecen constituir la más preciosa salvaguardia de la libertad de un pueblo. Bueno es meditar sobre qué clase de libertad garantiza la fuerza. Aparentemente la de sus poseedores. Pero ¡qué va! Siempre se cumplen las palabras del Evangelio que nos dice que todos los que tomaren espada, a espada perecerán. La fuerza sólo garantiza la seguridad del fuerte que envalentonado explota hombres, pueblos y clases mientras cava en su soberbia su propia sepultura. Un hombre experimentado en gestas de fuerza, Napoleón, decía que en la batalla que libran la espada y el espíritu, la última mano siempre la gana el espíritu. Y el pobre Don Quijote quiso fundamentar la libertad de unos cautivos en azares de fuerza que bien temprano se vuelven contra él. Tan sólo un guiño malicioso de Ginés de Pasamonte y llueven sobre el libertador manchego "no sé cuántos guijarros.... y con tanta fuerza.... que dieron con él en el suelo".

Pero, ¿eran acaso libres estos libertos lapidadores? Solos y divididos, los vemos meterse en las entrañas de la tierra por miedo de ser hallados de la Santa Hermandad. Iban fugitivos de la ley y de sí mismos, carcomidos por el temor y la inquina a refugiarse en sabe Dios qué apartados rincones de Montiel.

GANA Y LIBERTAD

Entre las cosas que sorprenden a Don Quijote en todo este incidente está el hecho de que los galeotes tuviesen que ir a galeras de muy mala gana. Son muchos los que sostienen que el fundamento de la libertad es ése: la gana. Libre es el que puede hacer lo que le da su realísima gana. Gabinet decía que a los españoles les agradaría una constitución que contuviese una sola disposición: "Este español está autorizado a hacer lo que le da la gana". La gana procede del reino de las fuerzas instintivas. Nos presenta el caso del ser que moviéndose aún dentro de la esfera instintiva de las pasiones animales ha amanecido a una de las características del espíritu: la voluntad. Gana es deseo. Pero deseo voluntario predicado en la satisfacción egofista del deseo. Si a unos cuantos desalmados y egofistas se les permite hacer lo que les da la gana, ¿dónde estaría la libertad social? Fue precisamente aquí donde falló el individualismo económico y político que ha caracterizado a la historia moderna. La gana sólo se redime en la esfera del espíritu.

Cuando un hombre es bueno y desinteresado no tememos el ejercicio de su gana porque ésta viene a ser expresión amorosa, transfigurada, gana de generosidad, de convivencia, que lo lleva a sentir más plena su vida mientras más feliz puede hacer a su hermano. Gana de Nuestro Señor Jesús. Gana de San Francisco. Gana de nobleza y de espíritu nos viene a resultar fundamento irreductible de la libertad. Pero es preciso confesar que ésta no es la gana vigente. Rige la gana impulsiva, egofista y apasionada, que no coopera porque "a mí no me da la gana". Esta no puede ser fundamento de la libertad.

EL HOMBRE Y LA LIBERTAD

La primera batalla de la libertad no se libra frente a los demás hombres. La primera y más radical libertad se asegura frente a las demandas egofistas del animal que hay en nosotros mismos. Por eso toda doctrina de la libertad postula una doctrina del hombre y del espíritu. Ha sido menester que nos diésemos cuenta de toda la precariedad de la razón humana y del racionalismo como sistema para poder precisar con alguna claridad los fundamentos humanísticos de la libertad.

Ha dicho Ortega y Gasset que cada época es un régimen atencional determinado, un sistema de preferencias y de posposiciones, de clarividencias y de cegueras. Una ojeada al perfil de sollicitaciones de la hora de hoy nos pone frente al hecho de que el hombre contemporáneo está interesado en el hombre. Y no vayamos a incurrir en el error de pensar que siempre ha sido así, pues no lo ha sido. El griego estaba interesado en el cosmos, en el logos y en la polis. El hombre medioeval en Dios. El hombre de hoy está interesado en el hombre acaso porque intuye que por ahí andan las raíces de su seguridad y de su libertad. Interesante resultaría examinar someramente un aspecto de ese tránsito de sensibilidad.

HACIA UNA NUEVA SENSIBILIDAD

Georges Gurvitch comenzó la serie de cursos que sobre filosofía alemana contemporánea dictase en la Soborna con estas palabras:

La atención del hombre observador y filósofo que hubiera salido de Alemania en vísperas de la Guerra, y que volviese hoy, podría ser atraída por un hecho indiscutible: el más dramático cambio de atmósfera intelectual". (1)

Pasamos de una cultura de razón a una cultura de vida. Ese cambio de estructura intelectual tiene raíces mucho más profundas que el hecho filosófico en sí. Cambia el pensamiento porque primero cambia la vida del hombre que piensa.

Por ello no sería exacto pensar que ese cambio de perspectiva tenga que ver fundamentalmente con la guerra. Esta no fue sino un elemento más en la historia de la crisis de una época. Sus raíces son cosa más profunda. Spengler ya había escrito La Decadencia de Occidente cuando se declaró la Primera Guerra Mundial.

Y antes de la indicación del naturalismo pesimista de Spengler, ya los movimientos estéticos habían recogido las palpitaciones de una nueva vida. No es por azar que el 20 de febrero de 1909 lanza Marinetti en Milán su manifiesto futurista. La nueva escuela artística italiana cuaja en su ideario, a pesar de sus gestos grandilocuentes y de sus ríspidos románticos, las nuevas categorías que se mueven al fondo de la época contemporánea: dinamismo, voluntad, audacia, velocidad.

Cuando ellos proclaman airoso que el mundo de la estética se había enriquecido con una nueva categoría — belleza de la velocidad —, afirmando que

(1) Georges Gurvitch, Las tendencias actuales de la filosofía alemana, Trad. por Fco. Almela y Vives, Madrid, Aguilar, 1932, p. 77.

"un automóvil de carrera es más hermoso que la Victoria de Samotracia"⁽¹⁾, nos damos cuenta que algo ha cambiado fundamentalmente en la entraña de nuestro siglo. Ese cambio llega primero a la antena de la sensibilidad estética por estar más cerca ésta a la raíz de la vida, que la razón.

Los hombres habían confiado un día en que la razón podría ser el fundamento de la libertad. Pero con todo lo admirable que es la razón como instrumento humanístico nos resulta precaria y su precariedad radica en el hecho de que está enquistada en un ser, el hombre, que puede ser la medida de todas las cosas menos de dos: de sí mismo y de Dios. La razón no puede dar buena cuenta ni aún de la vida misma del hombre.

FREUD, BERGSON Y EL ANALISIS DE LA VIDA

Por aquellos mismos años dos espíritus decisivos, Freud y Bergson, están precisando intuiciones y formulando conceptos que han de sentar las bases de una nueva imagen del mundo y del hombre. Freud, descubriéndonos que la vida del hombre está influida decisivamente por factores que están más allá de la razón - tendencias, impulsos, instintos, deseos, emociones, estructuras vitales que están latentes en el inconsciente personal- sienta las bases para la nueva visión existencial.

Bergson, por otro lado, combate el materialismo y el concepto imperia- lista de la ciencia. Gran matemático y riguroso científico, se dedica a profundizar en los fundamentos de la ciencia natural llegando a la conclusión de que el pensamiento científico es incapaz de aprehender la vida y el espíritu, que constituye el fondo auténtico de la realidad. El intelecto es el órgano de aprehensión, pero el intelecto para captar la realidad reduce a ésta a un estado del que se ha succionado la esencia de la vida.

Cuando la inteligencia quiere representar el movimiento lo construye con inmovilidades yuxtapuestas definiendo el movimiento por una realidad que no es. Por eso el concepto fundamental desde donde parte la metafísica de Bergson es el de duración. Esta se mide "por la trayectoria de una cosa móvil" y la línea que se mide es inmóvil mientras la esencia del tiempo real es movilidad. De donde resulta que "jamás la medida del tiempo cae en la duración en cuanto duración". (2) Al hablar de la duración la ciencia lo que señala es la medida de la duración, lo que viene a resultar no sólo una cosa estática que lo es, sino una cosa distinta.

(1) (Guillermo de Torre, Literaturas europeas de vanguardia, Madrid, Caro Raggio, 1925, p. 244-253.

(2) Henry Bergson. El pensamiento y lo movable, Santiago de Chile, Ercilla, 1936, p. 10.

La ciencia resuelve, pues, lo vivo, lo orgánico, en lo inorgánico. Trata lo viviente como si no tuviera vida. De donde deduce Bergson la incapacidad de la ciencia y del intelecto para comprender la vida. Hace aquí de hecho Bergson también la crítica de la psicología naturalista y asociacionista cuando dice:

Pero esta duración que la ciencia elimina y que es difícil de concebir y de expresar, se la siente y se la vive...; bien pronto reconocemos la insuficiencia de la concepción asociacionista del espíritu. (1)

Resulta de esta crítica que sólo la intuición puede entender la vida. La persona siente el tiempo real. Ella lo vive. La psicología personalista partirá de este concepto para explicar la persona. A diferencia de los "behavioristas" que intentan explicar la persona por lo que no lo es - el arco reflejo -, los psicólogos personalistas como Guillermo Stern, por ejemplo, lo hacen partiendo del momento. Esta es la unidad más sencilla de una situación. Es el instante más sencillo en que la persona como tal, como irreductible esencia personal, puede participar en él sin dejar de ser una persona.

Por eso, en la preocupación por precisar la esencia de la vida, la intuición viene a ser un método de conocimiento esencial en esta nueva posición filosófica. Esta buscará las certidumbres y las visiones inmediatas. El conocimiento científico considera los objetos desde un punto de vista externo, ajeno a la intimidad por donde fluye la vida; por eso no puede reemplazar la intuición, que con una penetración existencial y mística, capta individualidades vivas, en el flujo de su fluir histórico.

HACIA UN SABER DE SALVACION

Alexis Carrel se lamentaba de que el saber científico no corriera parejas con el saber que el hombre tiene sobre sí mismo. Clama por lo que Max Scheler ha de llamar "saber de salvación". Es que el hombre ha visto la crisis que nos ha traído, que no ha podido evitar, el saber técnico y con temor y temblor clama por nuevas certidumbres que le den la clave de sí mismo. Todo ello, entre otras cosas, nos hace conscientes de que hemos pasado de una cultura de razón y de técnica a una cultura de estimaciones y de vida.

Ha dicho Scheler que el hombre, visto desde el campo de las ciencias biológicas, es un callejón sin salida. Visto desde la perspectiva de la evolución de las especies no hay posibilidades abiertas ante él. Como animales nosotros somos cosa terminada, si bien algunos de nosotros no muy

(1) Ibid, p. 11.

bien terminaditos que digamos. Pero juzgado desde el punto de vista del espíritu, el hombre es la salida de ese callejón.

El hombre de hoy está interesado fundamentalmente en el hombre, en el hombre integral, "hombre de carne y hueso" que diría Unamuno, que sufre, que goza, se angustia y espera y desespera. Y es hoy en que por primera vez nos damos cuenta de que toda la cultura, de que toda la ciencia, de que todo el arte, toda la filosofía, no es sino un hacer del hombre. Todas estas son cosas que el hombre hace con su vida. Son las actividades del hombre en busca de una nueva salida para sus problemas y para su crisis. Es sumamente curioso apuntar que el hombre ha comenzado a hallar una salida del laberinto de su crisis espiritual aclarando su sentido como hombre y precisando el puesto que el hombre tiene en el universo.

El hombre ha descubierto que sabe mucho más sobre el universo material que sobre el universo espiritual, que sabe más sobre las cosas que sobre las personas. Y está ávido de saber sobre sí mismo. Heidegger ha dicho que la antropología no es solamente el título de una disciplina, sino la actitud fundamental del hombre de hoy con respecto de sí mismo.

Existe una interna contradicción en el hombre moderno. Este se ha separado de la vida por la excesiva intelectualización y mecanización de su cultura, mientras que por ser lo que es, un hombre, continúa inserto en la existencia. Como ser de razón y de técnica ha atentado contra las raíces mismas de la existencia, para darse cuenta, al cabo, de que ni la razón ni la técnica pueden resolver el problema de sí mismo. La problemática del hombre nos resulta, pues, racionalmente insoluble. Así y todo, se esfuerza por resolverlo aunque sea por la vía de la paradoja, de la fe y del misterio. Por eso busca saber la salvación.

LA VERDAD Y LA LIBERTAD

Es de muchos pensar que los fundamentos de la libertad están en la verdad. Se apoyan aparentemente en las evangélicas palabras: "y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". Pero el Evangelio no dice tal cosa. Allí se dice: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os libertará". Lo que quiere decir que hay verdades que libertan y verdades que no libertan ni pueden libertar, porque no tienen fuerza para hacerlo.

Conocí a un hombre que dilapidaba su vida y la felicidad de sus hijos en una borrachera consuetudinaria. Hacía unos años ese mismo hombre me había dicho que era un hombre "muy macho y muy libre". Cuando le visité en su casa, con lágrimas en los ojos me dijo: "Señor Marrero, yo sé bien que me estoy arruinando y estoy amargando la vida de mis hijos. Trato de dejarlo pero es que no puedo".

El hombre sabía una verdad pero no tenía fuerzas para vivirla. El problema de la libertad no es un problema de teoría. Ni de ciencia. Ni tampoco de filosofía. El hombre mientras más sabe, si pone ese saber al servicio de un corazón egoísta y corrompido se nos constituye en una amenaza, y si lo pone en un corazón débil y pusilánime se nos constituye en un cuadro de lástima. La verdad por hermosa que sea mientras permanezca en los planos teóricos es incapaz de libertar a nadie. Sólo cuando la verdad se hace carne y se hace vida tiene capacidad salvadora y liberadora. La libertad es un hecho personal y no teórico. Sus fundamentos están en la esfera del espíritu. Pero esto hay que explicarlo. Y lo ha expresado bien Scheler en su obra *El puesto del hombre en el cosmo*. (1)

EL PUESTO DEL HOMBRE EN EL COSMOS Y DEL ESPÍRITU EN EL HOMBRE

Scheler ofrece en esa obra una imagen del hombre según la cual éste aparece filogenéticamente, en el proceso cósmico y evolutivo que le ha ido formando, después de una serie de esfuerzos vitales organizados estructuralmente, que aún persisten en el flanco biológico del hombre. Estos son: el impulso, el instinto, la memoria asociativa, la inteligencia práctica, y por último —merced a un salto cualitativo— el espíritu.

Desde los tiempos clásicos al espíritu se la ha ido dando una interpretación materialista. Se le aplicaban categorías estáticas y materiales. Así se le concebía ingenuamente como una forma etérea, más o menos vaporosa. La teología cristiana medioeval influida por las formas del pensar helénico se planteaba problemas como éstos: ¿En qué instante entra el espíritu al cuerpo? ¿De dónde se sacan los espíritus para ponerlos en los cuerpos? ¿A qué lugar van a parar los espíritus después que abandonan el cuerpo? Esta problemática va cargada de ese sentido naturalista que también cumple a la cultura griega.

Scheler, por el contrario, nos dirá que el espíritu tiene tres notas fundamentales: (a) conciencia de sí, (b) objetividad y (c) libertad. El animal, según él, puede tener conciencia, o como ha dicho a base de experimentos, Koehler, inteligencia práctica, pero el animal está inmerso en su naturaleza. Frente a este hecho el espíritu es la realidad que se siente y se sabe a sí misma. Es auto-conciencia. Pero también es objetividad. "Espíritu es, por tanto, dice Scheler, objetividad; es la posibilidad de ser determinado por la manera de ser los objetos mismos".(2)

(1) Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmo*, Buenos Aires Editorial Losada, 1938. p. 77. Edición alemana: Darmstadt, 1930.

(2) *Ibid*, p. 77.

Es lo que nos hace reconocer que hay cosas materiales e ideales, que hay relaciones y principios que no dependen de nuestro querer sino que tienen su ley y su sentido propio, independientes de nosotros. El universo fuera de nosotros tiene un modo de ser independiente que nos obliga a reconocerlo. Lo más que podemos hacer es insertar ese sentido dentro del sentido de nuestro propio ser: reconociéndolo, respetándolo y utilizándolo.

Antes que Scheler un agudo espíritu español, José Ortega y Gasset, ha ido organizando sus meditaciones sobre antropología filosófica. Si bien la tesis final de Ortega sobre la esencia del hombre cuaja en su obra *Ensimismamiento y alteración* (1), obra posterior a *El puesto del hombre en el cosmos* de Scheler, no es menos cierto que Ortega nos ofreció en su ensayo titulado "Vitalidad, alma y espíritu" (2), recogido en el volumen V de *El espectador* y publicado antes de la obra de Scheler, un análisis de las diversas zonas en que aparece estructurada la vida del hombre. Señala el ensayista español la existencia de tres zonas que denomina vitalidad, lo que quiere decir zona somática, alma, y con esa palabra no se refiere Ortega a ninguno de los términos de la antigua dicotomía griega sino antes más bien a una zona afectiva de nuestra personalidad y por último, el espíritu.

Subraya Ortega la distinción entre estas dos últimas zonas cuando insiste en que si de la zona corporal - vitalidad- pasamos más adentro encontramos dos territorios separados, el alma y el espíritu. Recibimos en nuestro interior, dice él, ciertos movimientos que no son provocados por nuestra más íntima voluntad, de los que no nos sentimos autores. Hay emociones, sentimientos, pasiones, simpatías y antipatías que se despiertan en nuestro ser sin tener nuestro asentimiento y que aunque están en nosotros se han producido a pesar nuestro. Son mis sentimientos pero no son mi yo, porque no me solidarizo con ellos. En esta zona - alma- tienen lugar las pasiones amorosas y en general la vida de los sentimientos. Pero la nota más alta de la persona, nos dirá Ortega, es el espíritu. Es el conjunto de actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista. No hay duda de que esta definición lleva implícita las tres notas esenciales del espíritu de que nos habla Scheler: conciencia de sí mismo, objetividad y libertad.

(1) Ortega y Gasset, J., *Ensimismamiento y alteración; Meditación de la técnica*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina S.A., 1937, 157 p.

(2) Ortega y Gasset, J., *El espectador*, Tomo V, Madrid, *Revista de Occidente*, 1927. Este artículo está basado en unas conferencias sobre Antropología filosófica en 1924.

Hace Ortega un análisis de las categorías de la vida humana. Entre ellas incluye notas tales como "habérselas en el mundo", lo que decididamente nos recuerda a Heidegger: "quehacer", futurición, dramaticidad, trascendencia, dinamicidad y posibilidad. De todo ello fluye una interpretación dinámica del espíritu y de la persona. El hombre está determinado y terminado como cuerpo, pero como espíritu el hombre es una cifra inconclusa. Es una sinfonía abierta a nuevas sollicitaciones de generosidad, de desinterés y de esperanzas. El espíritu no es sino que deviene. El hombre, que es esencialmente espíritu, se define como tal no por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser. Las grandes categorías, pues, para definir el espíritu en el hombre son posibilidad y libertad. Tiene tantas más posibilidades el hombre en tanto en cuanto es más libre, y mientras más libre más espiritual.

No hace falta realizar mayor esfuerzo para encarecer el carácter cristiano de esta tesis. Desde la perspectiva cristiana el hombre no se ve cerrado por categorías absolutas. Hablando del cristiano, cuyo espíritu de renovación aventurera irrumpe en la historia en uno de los instantes de más honda crisis, ha dicho Ortega que ninguna de las categorías cósmicas del griego sirve para interpretarlo, porque esta extraña realidad consiste no en ser esto o lo otro - como piedra, planta, animal y astro, - sino en ser una conducta. El hombre es pues eso, conducta, quehacer, proyecto, drama, esperanza. Pero el hombre es por ello un ser teleológico y un ser teológico. El hombre actúa en función de fines. Pero ese ser que así actúa, no se satisface sino con ultimidades. El que busca fines quiere encontrar un fin último. Y ello le da dramatismo y angustia a su lucha, que se transubstancia en clamor teológico.

El hombre es un ser finito con aspiraciones infinitas. Y aquí radica la paradoja de la condición humana. Un ser terminado biológicamente y condicionado por esa expresión, arrojado dentro de una circunstancia histórica, social y económica que también le limita dentro de esa fatalidad, siente aspiraciones infinitas que perentoriamente le reclaman realización. Dentro de esa urgencia el infinito es el límite. Según crecemos en la conciencia y en la acción de nuestra libertad, nos damos cuenta que toda libertad se realiza dentro de una fatalidad, pero se realiza. Y somos tanto más hombres en tanto más encendido empeño pongamos en la brega.

En la conciencia y en la acción de la libertad se está dando el margen creciente y creador del universo. En ella el cosmos se hace espíritu. Esta gesta sin embargo no es solo triunfante, sino militante. Esta cuajada de aquella imaginaria que la mística cristiana ha concebido como la ruta ascensional de un camino de santidad, y que San Pablo expresa diciéndonos, "Porque cada día me encuentro más cerca de la salud que cuando creí". La libertad del hombre se va realizando según la orientación de su vida se libera del llamado de las capas inferiores de su ser y va apareciendo un decidir y un escoger cada vez más autónomo, aun dentro de nuestra fatalidad, que es asimismo más puro porque está abierto al resto del universo.

EL ESPIRITU COMO LIBERTAD

Es evidente que la nota más alta del espíritu es la libertad. A pesar del carácter social de la persona, la libertad no es tanto, y no es primariamente un hecho frente al grupo social o político.

Es un hecho interior. Es, en primer término, libertad con respecto a los estratos más bajos de nuestra personalidad. Es autonomía existencial frente a los lazos y presión de lo orgánico. Así dice Scheler:

...la propiedad fundamental de un ser "espiritual" es su independencia, libertad o autonomía existencial - o la del centro de su existencia- frente a los lazos y la presión de lo orgánico, de la "vida", de todo lo que pertenece a la "vida", y por ende también de la inteligencia impulsiva propia de ésta. Semejante ser "espiritual" ya no está vinculado a sus impulsos ni al mundo circundante, sino que es libre frente al mundo circuncundante, está abierto al mundo. (1)

En el estado de conducta animal - dése en el animal o en el hombre- el ser está preso, sumergido en su medio. Sólo actúa para satisfacer sus necesidades e impulsos cuando lo siente. Es naturaleza. Más tarde aprende el hombre a reprimir libremente sus impulsos. Y los reprime en función de fines. Ahí nace el espíritu.

Y no es luchando contra el impulso, contra la emoción, contra lo primordial, que salvamos el espíritu, es colocándolo en su verdadero lugar. El espíritu es débil pero fino. Es el timón que orienta la masa marinera. El espíritu está asentado sobre un plinto de materia, impulso, emoción e inteligencia. Estos estratos básicos de la personalidad no son ni buenos ni malos, sencillamente son. Lo que ellos representan en la persona depende de la orientación que les da el espíritu. Este será tanto más fuerte cuanto mejor utilice esa fuerza abisal y primitiva que se expresa en el mundo biológico. No hay tal oposición entre natura y cultura. Hay jerarquía. Y el cuerpo no es necesariamente el enemigo del espíritu. Es el animal en nosotros. Tiene sus necesidades y sus demandas. Y sólo responde a ellas. Pero el hombre no es un animal. Allí un día amanece el espíritu. Y el hombre comienza a saberse a sí mismo y a trascenderse a sí mismo. De ello nace la conciencia histórica. Un animal pasa frente a un carro y zas éste lo mata. Y el pobre animal en ese breve instante se ocupa en morirse.

(1) Max Scheler, El puesto del hombre en el cosmos. Ed. cit., p. 76-77.

Nosotros no. Nosotros nos preocupamos por la muerte. Y nos preocupamos porque nos sabemos siendo nosotros mismos. Y el tema de la muerte como el de vida fugaz nos da un ahogo y una angustia en el alma.

Cuando el hombre adviene a la conciencia de sí mismo por contraposición distingue el yo de lo que no es el yo. Amanece a la conciencia de que hay cosas en el mundo. De esa conciencia de objetividad nace todo el mundo de la ciencia. Extraño como pudiera parecer, el mundo de la ciencia, como el de la cultura, es hijo del espíritu.

Pero entre todas, la más alta determinación del espíritu es la libertad. Es el imperativo de escoger, y con ello ir haciendo nosotros mismos el cañamazo y la tela de nuestra propia existencia. Y escoger frente a todas las fuerzas retardatorias que nos incitan a buscar sólo nuestra propia satisfacción, de espaldas a las necesidades de los demás, sordos al llamado del deber; escoger, a pesar de nosotros mismos, el camino que debemos, para hacernos más nobles y más dignos de nuestra vocación de hombres; ésa es la función de la libertad.

LIBRES DE NOSOTROS MISMOS

Escogemos cada día lo que somos. Pero a su vez lo que vamos siendo. Y ¿cómo escogemos? A veces escogemos desde el plano de nuestra más baja animalidad. Es la presión de carne en nosotros que nos insta a vivir "como nos da la gana". "Que viva yo, y el que venga atrás que arree".

Y tamaño enredo hemos hecho en este mundo. Porque el hombre no existe para sí. Coexiste. Vive para realizar fines que trascienden el egoísmo animal. Por eso el hombre tiene que libertarse de sí mismo en tanto emprende otras tareas libertadoras. Mientras el hombre sea egoísta, mientras esté cargado de prejuicios inhumanos, está incompleto como hombre. El espíritu es el margen creciente del universo. Es allí en donde la fuerza evolutiva del cosmos tiene que hacer sus próximas conquistas. Se es más hombre en tanto se es más generoso. Y tanto más generosos cuanto más libres del animal inseguro y medroso que habita en nosotros.

LIBERTAD Y DEMOCRACIA

Sólo es libre el hombre capaz de amar y respetar a los demás hombres. Y sólo cuando encarna esa libertad es que puede la democracia reclamar respeto en el desorden político de la hora actual.

Defino la democracia como una filosofía de vida basada en el respeto a la persona como tal persona y como una técnica de acción pública que reclama la participación voluntaria de los individuos en la tarea de crear una vida más noble y más feliz.

Condeno todo colonialismo, todo régimen de explotación y toda encarnación del discrimen porque es una falta de respeto a la persona y retrasa los esfuerzos por crear un mundo más decente y más digno.

Así y todo, no desesperamos porque ese mismo hombre egofsta y explotador puede convertirse en una fuente de generosidad y desprendimiento.

El hombre es posibilidad pura. El hombre vale, no por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser. Vale no por el sentido de su propia justicia o de sus propios méritos. Vale pecador como es, no por su pecado. Vale amarillo como es, no por su raza. Vale desamparado como está, no por su desamparo. Vale porque es en esencia posibilidad de ser. Vale porque es persona.

Hoy que revisamos nuestros blasones democráticos y hacemos galas de nuestros empeños populares, nos olvidamos que a la postre la esencia de la democracia no es su técnica política. La democracia es fundamentalmente respeto a la personalidad humana, sin distinción de sangre, de clase, de color, de pueblo. No hay democracia cuando se levantan barreras, y se postulan desprecios a los hombres de otras razas.

Y no hay democracia mientras alienten en nosotros esos prejuicios bastardos. Desde luego es mucho más fácil ver esos defectos de la comunidad norteamericana que ver esos mismos prejuicios creciendo en Puerto Rico. Lugares públicos hay que muestran franco disgusto y dan su peor servicio cuando ciudadanos de color concurren, a pesar de todas las disposiciones legales al efecto. Ese prejuicio es contrario al genio de nuestro pueblo y todavía mucho más contrario al genio de Nuestro Señor Jesucristo.

Por lo que a mí toca, personalmente, no estoy dispuesto a concurrir a ningún lugar público, ni a ninguna asociación que conozca prejuicios, y establezca barreras, a causa de raza o de color. Este prejuicio es, para mí, un atentado tan serio o mucho más serio contra la democracia, que los ataques con rifles y ametralladoras. Este otro necesita de amor, comprensión, espíritu. Necesita obra constante, continua, fatigosa. Más difícil que la de las armas de guerra, pero más permanente en definitiva.

Puerto Rico ha tenido y continúa teniendo aún prejuicios contra el movimiento del trabajo organizado. En pocos países ha adelantado el movimiento del trabajo organizado como en Puerto Rico. Así y todo, andan por ahí perdidas las sombras de un antiguo prejuicio contra la dignidad del trabajo manual. Muchísimos patronos se sienten humillados cuando tienen que sentarse alrededor de una mesa con un grupo de obreros para discutir bases razonables para dirimir una controversia de trabajo y firmar un contrato colectivo, olvidándose que en la raíz de nuestra cultura cristiana está el respeto a la personalidad y el sentido de la dignidad del trabajo que

ennobleció y santificó el Hombre del Lebrillo cuando dijo: "Yo soy entre vosotros como el que sirve". Muchísimos obreros igualmente no se respetan a sí mismos cuando violan viciosamente los términos de un contrato colectivo tratando de defraudar no sólo al patrono sino a todo el orden social.

Es obvio que en Puerto Rico se ha estado realizando una revolución social. Los que confunden las revoluciones con las asonadas, creyendo que una revolución es asunto de ametralladoras y de sangre, se han perdido el formidable espectáculo de una revolución sin sangre desarrollándose delante de sus propios ojos. Lo que se ha realizado en Puerto Rico en Planificación, Fomento, Seguridad Social, junto a la actitud de responsabilidad creciente de nuestro pueblo en materia social constituye nada menos que una revolución. Pero eso no basta. Es lástima que una imprescindible experiencia social como ésta esté casi paralizada por la incomprensión del gobierno de la Metrópolis, frente a las demandas de socialización y justicia social de nuestro pueblo. Estamos atados por lazos coloniales a un cuerpo político que no necesita de la socialización merced a sus enormes recursos. Y esto que es un lujo para Estados Unidos, para Puerto Rico es irreductible y apremiante necesidad.

La libertad es un hecho espiritual. Es libre ya quien comienza a desearlo. Si en el plano de la libertad personal el espíritu es el conjunto de actos de que nos sentimos autores y protagonistas, en el plano social tenemos que cultivar esa conciencia de nosotros mismos. Dicho de otro modo, tenemos que cultivar esa conciencia de libertad. Desde ahí ganaremos perspectivas de otras estructuras dentro de las cuales coexistimos. Desde ahí conviviremos con ellas, pero siempre partiendo de esa conciencia nacional desde donde nos aupemos hasta la vida de convivencia internacional, dispuestos a trascendernos a nosotros mismos, y a ofrecer el aporte autóctono a las formas vivas de la cultura de hoy.

Tenemos que preocuparnos de nuestra subsistencia económica. Ella es a manera del plinto somático desde donde nos alzamos. Pero vivimos desde empeños más altos y llamados a la realización de una tarea irrehuible. Tenemos que hacer nuestra libertad integral pero tenemos que hacerla conscientemente, y hasta con dolor y temblor. Nadie nos puede hacer libres. Somos nosotros mismos los que tenemos que afirmar clara y amorosamente los fundamentos de nuestra propia libertad.

Las colonias suelen adolecer de lo que bien podríamos llamar un complejo colonial. No tienen fe en sí mismas. Esperan que toda salvación les venga de afuera. Tienen los músculos paralizados para la acción libertadora. Frecuentemente son formadas dentro de un sistema pedagógico que no les desarrolla la conciencia de sí mismas, y, lo que es más grave aún, la fe en sí mismas.

A pesar de todo ello nuestra tierra afirma en diversas expresiones de su cultura su existencia nacional. Aquí hay un pueblo con conciencia y personalidad definidas que pugna a través de múltiples peripecias por estructurar un nuevo orden político y económico que le permita una decorosa y fructífera vida de convivencia americana e internacional.

Y dentro de este vertiginoso cambio de estructura y de disposición en nuestro orden público sorprende el hecho del gran número de administradores y funcionarios públicos que tienen la misma antigua arrogancia feudal, sin haber incorporado ese espíritu de servicio público y social, que es la esencia de la verdadera democracia. Puerto Rico necesita que los líderes de las empresas públicas correspondan en su actitud y en su disposición al espíritu de estos nuevos tiempos.

Puerto Rico está en las vísperas de estructurar un orden público basado en la libertad, con un profundo sentido de responsabilidad social. Podría llegar a ser nuestra tierra modelo de estructura política y social. El camino no es fácil, pero la fisonomía espiritual del mundo de hoy y el rol directivo y aleccionador que asume Estados Unidos pueden facilitar un acrecho que nos sitúe entre los estados que mejor sirven a sus pueblos respectivos. Para ello tenemos que cristalizar, en primer término, un profundo amor y un radical respeto a la persona, esto es, a todos los puertorriqueños y a todos los hombres, y en segundo término, un gran amor a la libertad, tanto que nos mueva a afrontar los riesgos, y que nos inspire a sacrificarnos en la tarea de levantar un tipo de hombre capaz de enfrentarse con nuestros problemas, con nuestros hombres, y con los hermanos de otras tierras, siempre transidos de un espíritu de profundo amor y de un respeto radical a las posibilidades de la persona como persona.

Suena de nuevo la postrer voz caravana^{er}: "Duro caso es hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres". Mis queridos jóvenes, al ingresar en vuestras respectivas vocaciones podéis acaso dedicaros a ser ricos, sabios o famosos. Quizás en alguna cabeza aliente la esperanza de llegar a ser el más grande de los puertorriqueños. Santo y bueno. Pero antes precisa que tengáis muy en limpio la idea de que el más grande de los puertorriqueños no es el más rico, ni el más sabio, ni el más fuerte, ni el más famoso. El más grande de los puertorriqueños es el que más fina, más noble y más desinteresadamente está sirviendo a sus hermanos desamparados. Ese es el más libre. Atrevéos vosotros a ser generosamente libres. Estad pues firmes en la conciencia de esa libertad y no volváis a ser presos en yugos de servidumbre.

Puerto Rico os necesita. Necesita médicos, pero no médicos egoístas que sólo piensen en enriquecerse. Necesita abogados que piensen en algo más

que en ser prestigiosos. Trabajadores sociales que piensen en algo más que en la mecánica austera de un caso. Maestros, sacerdotes y ministros que piensen en algo más que en la distinción y comodidad de sus escuelas y parroquias.

Puerto Rico necesita espíritus generosos y aventureros que desinteresadamente vayan encarnando por nuestros valles y montañas los verdaderos fundamentos de la libertad. Levantáos pues y atrevéos a ser libres. Levantáos pues, e id en paz.

Donado por: *Wilde R. López*